

CAPÍTULO 4

LA BOMBA

La tragedia de un hombre bajito

Cuando era subteniente y estaban a punto de trasladarle de Europa al Pacífico, Paul Fussell se enteró del lanzamiento de la bomba atómica de Hiroshima. En 1998 publicó *Thank God for the Atom Bomb* [*Gracias, Dios, por la bomba atómica*]. «Tras tantas imposturas, liberándonos de nuestra falsa hombría —escribió—, gritamos de alivio y alegría. Después de todo íbamos a vivir, íbamos a llegar a viejos».¹

A varias generaciones de norteamericanos se les ha dicho que Estados Unidos lanzó casi por obligación, con renuencia, las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki porque solo así podría poner fin a la Segunda Guerra Mundial, y que esas bombas salvaron la vida de centenares de jóvenes que, como Fussell, estaban condenados a morir si invadía Japón. Pero la verdadera historia es mucho más complicada. Y mucho más inquietante.

Con la vista puesta primero en derrotar a los nazis, Estados Unidos dedicó la mayor parte de sus recursos a la guerra europea. Roosevelt había insistido en la estrategia «primero Europa». Se oponía a un «esfuerzo total en el Pacífico». La derrota de Japón, sostenía, no significaba la derrota de Alemania, pero la derrota de Alemania sí significaría la de Japón: «Probablemente, sin disparar un solo tiro ni perder una sola vida».²

Tras el ataque por sorpresa a Pearl Harbor, los japoneses tomaron la iniciativa los primeros meses de la guerra. Pero en junio de 1942, Estados Unidos logró una crucial victoria en Midway y puso en marcha su estrategia de ir saltando de isla en isla, que se prolongaría más de tres años. Los

nipones combatían encarnizadamente. Por tanto, la victoria norteamericana tendría un enorme coste. La producción industrial concedía enormes ventajas a las tropas. En 1943 las factorías estadounidenses fabricaban casi cien mil aviones al año, lo cual convertía los setenta mil que produjo Japón en todo el conflicto en una cifra casi irrisoria. En el verano de 1944, Estados Unidos ya había botado casi cien portaaviones, muchos más que los veinticinco de que dispuso Japón en toda la guerra.

La ciencia también desempeñó una función muy importante. La invención del radar y la espoleta de proximidad contribuyeron de modo decisivo a la victoria aliada. Pero fue el desarrollo de la bomba atómica lo que cambió el curso de la historia.

Autores de ciencia ficción y científicos llevaban tiempo pergeñando la posibilidad de emplear energía atómica con propósitos civiles y militares. Ya en 1896 una serie de descubrimientos científicos, los de Henri Becquerel y Marie y Pierre Curie, y los de Frederick Soddy y Ernest Rutherford, suscitaron el interés de la opinión pública por la radiactividad. A principios del siglo XX, los comentarios de Rutherford, Soddy y otros acerca de la enorme energía encerrada en la materia y el peligro de que el planeta pudiera saltar por los aires provocaban aprensión, una aprensión casi futurista. Pero ellos y otros fantaseaban sobre los usos positivos de ese tipo de energía y las sociedades utópicas a que podrían dar lugar.

Mientras esperaban el advenimiento de la energía atómica para crear un nuevo jardín del Edén, muchos se enamoraron de los poderes curativos del radio y otros elementos radiactivos. Los fabricantes anunciaban que sus productos podían sanar todo tipo de problemas, desde la alopecia hasta el reumatismo, desde la dispepsia hasta la hipertensión. Se elaboró una lista con ochenta medicamentos patentados hechos a base de componentes radiactivos que se podían inhalar, inyectar o tomar en pastillas y se produjeron sales de baño, linimentos, supositorios y tabletas de chocolate. William Bailey llegó a afirmar que los artículos fabricados en sus Bailey Radium Laboratories, de East Orange, Nueva Jersey, lo curarían todo, desde la flatulencia hasta la impotencia. Entre esos artículos figuraba el Radioendocrinator, que podía llevarse colgado del cuello para rejuvenecer el tiroides, alrededor del tronco para estimular las glándulas suprarre-

nales y los ovarios, o debajo del escroto, en un suspensorio especial. Bailey hizo mucho dinero, sobre todo con su Radithor, en presentación líquida, cuya víctima más conocida fue el rico industrial y *playboy* de Pittsburgh Eben Byers. Fue un caso muy triste el suyo. Su médico le recomendó Radithor para la lesión de un brazo y en diciembre de 1927 empezó a beber varios frascos al día. El Radithor no solo le había curado la lesión del brazo, afirmó el paciente, sino que le proporcionaba una nueva vitalidad y gran energía sexual. Creyendo que era afrodisíaco, Byers también dio a probar el producto a muchas de sus amigas. En 1931 había consumido entre mil y mil quinientos frascos, y comenzó a sentirse mal. Perdió peso, tenía migrañas y empezaron a caérsele los dientes. Los médicos concluyeron que su organismo se estaba descomponiendo. Le sacaron la mandíbula superior y la mayor parte de la inferior, pero luego le salieron agujeros en el cráneo. El final se precipitó rápidamente y murió al poco por envenenamiento radiactivo.³

Entre quienes advirtieron de las posibilidades distópicas de la energía atómica se encontraba H. G. Wells, autor de la primera novela sobre la guerra atómica, *El mundo liberado* (1914). Wells profetizaba una contienda con armas atómicas entre Alemania y Austria por un lado y Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos por otro. El conflicto se saldaba con la destrucción de más de doscientas ciudades arrasadas por las «inextinguibles deflagraciones púrpura de bombas atómicas».⁴ Tiempo después, Wells escribió su propio epitafio: «Dios os maldiga a todos. Ya os lo dije», rezaba.

A un físico húngaro brillante y estafalario llamado Leo Szilard la novela de Wells le impresionó. Szilard, que dejó Alemania poco después de la llegada al poder de los nazis, dedicó mucho tiempo a estudiar la posibilidad de crear energía atómica. Quiso debatir la factibilidad de la idea con Ernest Rutherford, pero a este le pareció «una pura quimera» y acabó echándolo de su despacho.⁵ Sin desanimarse, el científico húngaro registró en 1934 la patente de una cadena de reacciones nucleares donde el berilio era el elemento primordial, en vez del uranio.

En diciembre de 1938, dos físicos alemanes dejaron perpleja a la comunidad científica con la fisión del átomo de uranio, que convertía la fabricación de bombas atómicas en una posibilidad teórica. En Estados Unidos quienes más se alarmaron ante ese descubrimiento fueron los

En 1914 H. G. Wells escribió la primera novela sobre la guerra atómica: El mundo liberado. Profetizaba una contienda con armas atómicas entre Alemania y Austria por un lado y Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos por otro. El conflicto se saldaba con la destrucción de más de doscientas ciudades arrasadas por las «inextinguibles deflagraciones púrpura de bombas atómicas». Wells escribió su propio epitafio: «Dios os maldiga a todos. Ya os lo dije», rezaba.



científicos huidos de la Europa ocupada por los nazis, que temían que Hitler pudiera hacerse con un arma tan poderosa. Propusieron al gobierno la fabricación de su propia bomba atómica como medida disuasoria, pero no lograron captar su interés. Desesperados, en julio de 1939, Szilard y Eugene Wigner, otro físico húngaro, solicitaron la ayuda del universalmente admirado Albert Einstein, que accedió a escribir al presidente Roosevelt para pedirle la puesta en marcha de un programa de investigación atómica. Más tarde, Einstein lamentaría su iniciativa y, ante el químico Linus Pauling, confesaría: «Solo he cometido un error garrafal en mi vida, el de firmar aquella carta al presidente Roosevelt recomendando la fabricación de bombas atómicas».⁶ En realidad, Einstein remitió a Roosevelt no una sino tres misivas.

Los científicos tenían razón. Alemania había puesto en marcha un programa de investigación atómica. Pero, sin que los norteamericanos lo supieran hasta bien avanzada la guerra, Hitler lo abandonó en su fase inicial para concentrarse en armas más factibles como los proyectiles V-1 y V-2.

Ni él ni Albert Speer deseaban dedicar recursos humanos y materiales a un arma que quizá no pudieran utilizar durante el conflicto.

Pese al compromiso de Roosevelt, en Estados Unidos las investigaciones avanzaban a paso de tortuga. Apenas hubo progresos hasta el otoño de 1941, cuando las autoridades norteamericanas recibieron oficialmente un documento británico, el informe MAUD, que enmendaba la errónea creencia de que para fabricar una bomba quizá hicieran falta quinientas toneladas de uranio puro. De ser eso cierto, el programa atómico se habría interrumpido en seco. En realidad, al responsable económico de todos los programas científicos de la guerra, James Conant, le parecía poco aconsejable comprometer tantos recursos en un solo proyecto. Arthur Holly Compton, premio Nobel de Física, reveló posteriormente que en el verano de 1941 «los representantes del gobierno estuvieron [...] a punto de abandonar las investigaciones sobre fisión atómica durante la guerra». ⁷ Por aquel entonces, sin embargo, nuevos cálculos demostraban que solo harían falta entre cinco y diez kilos de uranio para fabricar una bomba y que todo el proceso podría culminarse en un par de años.

Con ese nuevo informe en la mano, Vannevar Bush, el otro gestor económico de la ciencia oficial más relevante del país, fue a reunirse con Roosevelt y el vicepresidente Henry Wallace el 9 de octubre. En vista de los últimos hallazgos, Roosevelt concedió a Bush los fondos solicitados.

Bush encargó a Compton el diseño de la bomba y Compton montó el llamado Metallurgical Laboratory en la Universidad de Chicago. Su objetivo era producir una reacción en cadena sostenida en una pila atómica. Compton pidió a J. Robert Oppenheimer, el brillante y carismático especialista en física teórica, que formara un equipo para solventar un número nada desdeñable de dificultades. Entre las «luminarias» que encontró Oppenheimer —así las llamaba él— figuraban Edward Teller y Hans Bethe, que viajaron en el mismo compartimento de tren de camino a Berkeley, donde en el verano de 1942 se reunieron todos. En el tren, Teller se sinceró con Bethe, que luego recordaría: «Me dijo que la fabricación de la bomba de fisión iba por buen camino y que, en ese momento, las investigaciones eran sólidas. En realidad, sin embargo, no habíamos hecho más que empezar. A Teller le gustaba extraer conclusio-

<p style="text-align: center;">Albert Einstein Old Grove Rd. Masses Point Peconic, Long Island August 2nd, 1939</p> <p>F.D. Roosevelt, President of the United States, White House Washington, D.C.</p> <p>Sir:</p> <p>Some recent work by E.Fermi and L. Szilard, which has been communicated to me in manuscript, leads me to expect that the element uranium may be turned into a new and important source of energy in the immediate future. Certain aspects of the situation which has arisen seem to call for watchfulness and, if necessary, quick action on the part of the Administration. I believe therefore that it is my duty to bring to your attention the following facts and recommendations:</p> <p>In the course of the last four months it has been made probable - through the work of Joliot in France as well as Fermi and Szilard in America - that it may become possible to set up a nuclear chain reaction in a large mass of uranium, by which vast amounts of power and large quantities of new radium-like elements would be generated. How it appears almost certain that this could be achieved in the immediate future.</p> <p>This new phenomenon would also lead to the construction of bombs, and it is conceivable - though much less certain - that extremely powerful bombs of a new type may thus be constructed. A single bomb of this type, carried by boat and exploded in a port, might very well destroy the whole port together with some of the surrounding territory. However, such bombs might very well prove to be too heavy for transportation by air.</p>	<p style="text-align: center;">-2-</p> <p>The United States has only very poor ores of uranium in moderate quantities. There is some good ore in Canada and the former Czechoslovakia, while the most important source of uranium is Belgian Congo.</p> <p>In view of this situation you may think it desirable to have some permanent contact maintained between the Administration and the group of physicists working on chain reactions in America. One possible way of achieving this might be for you to entrust with this task a person who has your confidence and who could perhaps serve in an unofficial capacity. His task might comprise the following:</p> <p>a) to approach Government Departments, keep them informed of the further development, and put forward recommendations for Government action, giving particular attention to the problem of securing a supply of uranium ore for the United States;</p> <p>b) to speed up the experimental work, which is at present being carried on within the limits of the budgets of University laboratories, by providing funds, if such funds be required, through his contacts with private persons who are willing to make contributions for this cause, and perhaps also by obtaining the co-operation of industrial laboratories which have the necessary equipment.</p> <p>I understand that Germany has actually stopped the sale of uranium from the Czechoslovakian mines which she has taken over. That she should have taken such early action might perhaps be understood on the ground that the son of the German Under-Secretary of State, von Weizsäcker, is attached to the Kaiser-Wilhelm-Institut in Berlin where some of the American work on uranium is now being repeated.</p> <p style="text-align: right;">Yours very truly, A. Einstein, (Albert Einstein)</p>
--	---

Una de las tres cartas que Albert Einstein escribió al presidente Roosevelt instándole a autorizar el programa atómico. Más tarde, Einstein lamentaría su iniciativa y confesaría a Linus Pauling: «Solo he cometido un error garrafal en mi vida, el de firmar aquella carta al presidente Roosevelt recomendando la fabricación de bombas atómicas».

nes demasiado pronto. Dijo que en realidad debíamos pensar en la posibilidad de quemar deuterio con un arma de fisión: la bomba de hidrógeno». ⁸ A Teller, por otra parte, le entusiasmaba tanto la posibilidad de inventar una bomba de fusión que a sus colegas les resultó muy difícil que se centrara en el problema que tenían entre manos: la construcción de una bomba atómica. Da la impresión de que los principales científicos eran conscientes de que lo que les aguardaba al final del camino no era solo la bomba atómica, que multiplicaría la capacidad de destrucción del hombre, sino la bomba de hidrógeno, que, además, amenazaría la vida en todo el planeta.

Ese verano les entró un miedo cerval y optaron por detener el proyecto. Durante las deliberaciones posteriores, los físicos se percataron de pronto de que una detonación atómica podría quemar el hidrógeno de los océanos o el nitrógeno de la atmósfera e incendiar el planeta. En su libro sobre Oppenheimer y el físico Ernest Lawrence, Nuel Pharr Davis describe cómo el pánico se apoderó de la estancia donde se encontraban:

«Oppenheimer se quedó mirando la pizarra con estupor, el rostro de los demás, incluido Teller, fue reflejando el mismo pavor [...]. Los cálculos de Teller sobre el calor que produciría una bomba de fisión eran correctos. Oppenheimer se dio cuenta de que, con o sin cubierta de deuterio, la atmósfera podría incendiarse; y ninguno de los presentes pudo demostrar que estuviera equivocado».⁹ Oppenheimer se trasladó a continuación a la costa Este para hablar con Compton. En sus memorias, *Atomic Quest* [*La investigación atómica*], Compton explicaba que Oppenheimer y él coincidieron: «A no ser que diéramos con una solución estable y fiable y nuestras bombas atómicas no destruyesen el aire o el mar —escribió—, no debíamos fabricarlas». Se hacía la siguiente reflexión: «Mejor la esclavitud nazi que correr el riesgo de echar el telón a la humanidad».¹⁰ Al volver a Berkeley, Bethe hizo algunos cálculos adicionales y descubrió que Teller no había tenido en cuenta el calor que sería absorbido por radiación, que hacía que las probabilidades de destruir el mundo disminuyeran a tres entre un millón —un riesgo que sí estaban dispuestos a correr.

El 2 de diciembre de 1942, los científicos del Met Lab lograron la primera reacción nuclear en cadena de cierta duración. Teniendo en cuenta que no tomaron las debidas precauciones, fue un milagro que no destruyeran Chicago. Szilard y Enrico Fermi se estrecharon la mano ante los reactores mientras, en vasos de papel con Chianti, todos brindaban a la salud del expatriado italiano, que marcaba el camino a seguir. Szilard, no obstante, era consciente de que, en realidad, era un momento muy amargo y le dijo a Fermi que aquel 2 de diciembre pasaría a la historia como «el día más negro de la historia de la humanidad».¹¹ Y tenía razón.

Aunque había emprendido la carrera atómica con retraso, Estados Unidos inició un programa de urgencia, el Proyecto Manhattan, que desde finales de 1942 se encargó de dirigir el general de brigada Leslie Groves. Este general puso a Oppenheimer al frente de la organización y dirección del principal laboratorio del proyecto, el de Los Álamos, en los hermosos montes Sangre de Cristo de Nuevo México. La mayoría de los testigos aseguraban que la relación entre Oppenheimer y Groves era la de un matrimonio celebrado en el infierno. Eran polos opuestos en todo. Groves duplicaba en corpulencia a Oppenheimer, que, flaco como un galgo y de más de uno noventa de estatura, pesaba sesenta kilos al co-



Interpretación pictórica de la primera reacción nuclear en cadena de cierta duración el 2 de diciembre de 1942 en el Met Lab de la Universidad de Chicago. Leo Szilard y Enrico Fermi se estrecharon la mano ante los reactores mientras, en vasos de papel con Chianti, todos brindaban a la salud del expatriado italiano, que había trazado el rumbo. Szilard, no obstante, era consciente de que, en realidad, era un momento muy amargo y le dijo a Fermi que aquel día pasaría a la historia como «el más negro de la historia de la humanidad».

mienzo del proyecto y poco más de cincuenta a su conclusión. Groves venía de familia pobre, Oppenheimer de familia rica. No compartían creencias religiosas, ni el gusto por fumar y por beber; no disfrutaban con las mismas comidas. Diferían en política: Groves era un conservador convencido, Oppenheimer un izquierdista irredento, la mayoría de cuyos familiares, amigos y alumnos eran comunistas. Admitía ser miembro de todos los grupos importantes del Partido Comunista de la Costa Oeste y durante un tiempo estuvo entregando el 10 por ciento de su salario al partido para financiar a las tropas republicanas de España.

También eran temperamentos opuestos. Mientras la mayoría de quienes le conocían sentían aprecio por Oppenheimer, Groves caía mal allí donde iba. Su asistente, el teniente coronel Kenneth Nichols, dijo que era «el mayor hijo de puta» con quien había trabajado. Y le describió así: era «exigente», «crítico», «cáustico y sarcástico», «inteligente» y «el hombre

Oppenheimer y Groves en la zona cero de la Prueba Trinity. Los dos directores del Proyecto Manhattan eran polos opuestos en todo: constitución física, creencias religiosas, gusto por la bebida y el tabaco, y especialmente en política. También eran temperamentos opuestos. Mientras la mayoría de quienes le conocían sentían aprecio por Oppenheimer, Groves caía mal allí donde iba. Pero el bronco y despótico estilo de Groves —podría decirse que «no hacía prisioneros»— era en realidad el complemento perfecto de la capacidad de liderazgo de Oppenheimer y ambos consiguieron que sus colegas dieran lo mejor de sí y llevaran el proyecto a término.



más egocéntrico» que había conocido; y admitía que no le podía ver: «ni yo ni nadie». ¹² Pero el bronco y despótico estilo de Groves —podría decirse que «no hacía prisioneros»— era en realidad el complemento perfecto de la capacidad de liderazgo de Oppenheimer y ambos consiguieron que sus colegas dieran lo mejor de sí y llevaran el proyecto a término.

Eso no quiere decir que científicos y militares no chocaran en cuestiones de seguridad y otros aspectos. Siempre que le era posible, Oppenheimer interfería en favor de los primeros y aflojaba el sofocante yugo de la supervisión de los militares. A veces, Oppie —así lo llamaban sus amigos— exponía sus argumentos con humor. En cierta ocasión, Groves le dijo que no quería que se pusiera su acostumbrado sombrero de ala flexible porque le hacía demasiado reconocible. Cuando fue a verlo a su despacho unos días después, se lo encontró con un tocado indio. Lo luciría hasta que terminara la guerra, dijo Oppenheimer, y Groves se dio por vencido.

El proyecto de fabricación de la bomba atómica progresaba a buen paso y también el avance aliado en el Pacífico. En 1944 Estados Unidos capturó buen número de islas y territorios ocupados por los japoneses hasta que el territorio metropolitano nipón estuvo al alcance de los bombarderos estadounidenses. En julio el Estado Mayor Conjunto, al mando del general George Marshall, futuro secretario de Estado y futuro premio Nobel, adoptó una estrategia de tenaza para ganar la guerra: primero había que estrangular a Japón con un bloqueo por mar y aire al tiempo que lo martilleaban con «bombardeos aéreos intensivos»¹³ y luego, cuando Japón estuviera militar y moralmente muy debilitado, había que proceder a la invasión.

En junio de 1944, mientras las fuerzas aliadas avanzaban en los escenarios de operaciones de Europa y del Pacífico, Churchill y Roosevelt abrieron por fin el muy demorado segundo frente con el desembarco de cien mil soldados en las playas de Normandía. Las tropas alemanas, en retirada en el frente oriental, tendrían, ahora sí, que librar una guerra en dos frentes.

El 9 de julio, los norteamericanos tomaron Saipán. Pagaron por ello una costosa factura. Treinta mil soldados y veintidós mil civiles japoneses murieron o se suicidaron en los combates. Tres mil estadounidenses murieron y diez mil fueron heridos en menos de un mes. Era el mayor peaje en bajas de la guerra del Pacífico hasta entonces. Para la mayoría de dirigentes japoneses, la calamitosa derrota era la prueba definitiva de que la victoria militar era inalcanzable. El 18 de julio, el primer ministro, Hideki Tojo, y su gabinete dimitieron en pleno.

Al día siguiente, con las primeras noticias de la dimisión de Tojo se iniciaba en Chicago la Convención Nacional del Partido Demócrata. Franklin D. Roosevelt consiguió la designación para una cuarta legislatura, un hecho sin precedentes. La verdadera pugna estuvo en la candidatura a la vicepresidencia. Henry Wallace había sido objeto de las iras del ala más conservadora del partido por pedir una «revolución popular» en todo el mundo en pos de la cual Estados Unidos y la Unión Soviética cooperarían¹⁴ y por sumarse a la causa de sindicatos, mujeres, afroamericanos y víctimas del colonialismo europeo. Entre sus enemigos había banqueros de Wall Street y empresas contrarias a los intereses de los trabajadores, segregacionistas y defensores del colonialismo francés y británico.

William Stephenson, director de los servicios de inteligencia británicos en Nueva York, reclutó a Roald Dahl para que espíase a Wallace cuando el futuro escritor era teniente de la RAF y estaba destinado en Washington. En 1944 Dahl se hizo con el borrador de un panfleto de Wallace que no tardaría en hacerse público: «Nuestra labor en el Pacífico». Lo que leyó, diría Dahl, le puso «los pelos de punta». Wallace pedía la «emancipación de [...] los súbditos de las colonias» de la India, península de Malaca y Birmania, territorios de dominio británico, y de la Indochina francesa, las Indias Orientales Holandesas y de muchas pequeñas islas del Pacífico. Dahl sacó el manuscrito furtivamente de casa de unos amigos de Wallace e hizo que lo copiaran y transmitieran a los servicios de inteligencia británicos y a Churchill. «Más tarde me dijeron —recordaría el escritor— que Churchill no podía creer lo que estaba leyendo». Wallace consignó en su diario que «el servicio secreto británico y el Foreign Office al completo» ardían de indignación. Los dirigentes británicos presionaron a Roosevelt para que censurase a su vicepresidente y se distanciara de él. Stephenson señaló: «En mi opinión, Wallace suponía una amenaza, así que tomé medidas para que la Casa Blanca supiera que el Gobierno británico veía con preocupación su candidatura a la vicepresidencia en 1944». Dahl, cuya principal tarea en Washington consistía en vigilar las actividades de Wallace —paseaban y jugaban juntos al tenis—, dijo que su «amigo» era «un hombre encantador, pero demasiado inocente e idealista para este mundo».¹⁵

En realidad, Wallace era una amenaza tan grande porque la mayoría de los países del mundo no coincidían con la valoración de Dahl. En marzo de 1943 se embarcó en una gira de cuarenta días por siete naciones de Latinoamérica. Cuando hablaba en español, la reacción de sus oyentes era eléctrica. Se dirigió primero a Costa Rica, donde le recibieron sesenta y cinco mil personas, el 15 por ciento de la población del país. «La recepción dispensada al señor Wallace ha sido la mayor en la historia de Costa Rica», publicó *The New York Times*. Y eso solo fue el principio. Trescientas mil personas acudieron al aeropuerto en Santiago de Chile. Más de un millón le aclamaron cuando paseaba por las calles de esa ciudad del brazo del presidente Juan Antonio Ríos. Cien mil abarrotaron un estadio con capacidad para veinte mil para oírle. Claude Bowers, el em-

bajador norteamericano, informó a Washington: «En toda la historia de Chile no han recibido a un extranjero con tanto fervor y sincero entusiasmo [...]. Su sencillez de trato, que se mezcla con personas de todas clases, su discreta visita a los barrios obreros [...] y que inspeccionara los proyectos de vivienda han dejado atónitas a las masas, cuya respuesta ha rozado la histeria».

En Ecuador habló con emoción de la futura posguerra en la Universidad de Guayaquil: «Si la liberación del pueblo por el que hoy se desarrolla la lucha en que se derrama la sangre de la juventud y el sudor de los trabajadores da pie mañana al imperialismo y la opresión, esta guerra terrible habrá sido en vano. Si el sacrificio de sangre y vigor vuelve a depositar una gran concentración de riqueza en las manos de unos pocos, grandes fortunas para unos privilegiados y pobreza para el pueblo en general, la democracia habrá fracasado y tanto sacrificio habrá sido en vano». Doscientas mil personas le aplaudieron en Lima. Aquel viaje no fue solo un triunfo personal, fue un *tour de force* diplomático. Al concluir, una docena de países latinoamericanos le habían declarado la guerra a Alemania y veinte habían roto relaciones diplomáticas con ella.¹⁶

Wallace era igualmente popular en Estados Unidos. Durante la gira por Latinoamérica, Gallup hizo una encuesta entre los votantes demócratas y les preguntó su punto de vista sobre los cuatro candidatos a suplir a Roosevelt en caso de que este no se presentase finalmente a las elecciones. El 57 por ciento de los encuestados prefería a Wallace. Su competidor más cercano no llegaba ni a la mitad de esa cifra.¹⁷

Ante las simpatías que suscitaba Wallace, sus detractores se vieron obligados a actuar con urgencia. Sabiendo que la salud de Roosevelt le impediría concluir una cuarta legislatura, el aparato del partido tomó la decisión de apartar a Wallace de la vicepresidencia y sustituirle por alguien más aceptable para las facciones conservadoras. En 1944 escenificó lo que los militantes llamaron «el golpe de Pauley», por Edwin Pauley, magnate del petróleo y tesorero del partido.¹⁸ En cierta ocasión, Pauley comentó en broma que había entrado en política al darse cuenta de que era mucho más barato renovar el Congreso que comprar al existente. Entre quienes colaboraron en la conspiración se encontraban Edward Flynn, del Bronx, Edward Kelly, alcalde de Chicago, Frank Hague, alcalde de Jersey City,

Harry Truman (aquí a los trece años) superó una infancia complicada que acabó dejando huella. Siempre se esforzó por conseguir el afecto de su tosco padre. Se vio obligado a llevar gafas con cristales de culo de vaso y no podía practicar deporte ni complicarse en ninguna pelea con otros chicos, que se metían con él. «La verdad es que yo era un poco mariquita», recordaría.



Frank Walker, director general de Correos y expresidente del Partido Demócrata, George Allen, secretario general del partido, y Robert Hannegan, presidente nacional del partido en aquellos momentos.

Tras elaborar una lista de potenciales candidatos a la vicepresidencia, esas personas eligieron para sustituir a Wallace al mediocre senador por Misuri Harry Truman, y lo eligieron no porque destacara por algo en especial, sino porque como senador había resultado lo bastante inocuo para no hacerse ningún enemigo y se podía contar con que no haría demasiado ruido. Tenía pocos —o ninguno— de los atributos necesarios para liderar Estados Unidos y el mundo en los complicados tiempos que se avecinaban, cuando habría que tomar decisiones que cambiarían el curso de la historia. Su llegada a la presidencia, como gran parte de su carrera, fue por tanto consecuencia de pactos bajo cuerda de los corruptos caciques del Partido Demócrata.

Aunque Harry Truman dejó el cargo con tan escasa valoración ciudadana que solo ha conseguido acercársele George W. Bush, en la actualidad se le recuerda casi como un gran presidente al que rutinariamente elogian tanto demócratas como republicanos. Cuando la revista *Time* le preguntó por su «hombre del siglo», la exconsejera de Seguridad Nacional y secretaria de Estado Condoleezza Rice, de quien George W. Bush

dijo que le había «enseñado todo lo que sabía» de la Unión Soviética, le citó a él.¹⁹ Algunos historiadores han caído en la misma trampa; aunque ninguno como David McCullough, cuya hagiografía le valió el premio Pulitzer.

Pero el auténtico Harry Truman es mucho más interesante que la fantasía creada por McCullough. Truman superó una infancia complicada que acabó dejando huella. Creció en la granja de su familia en Misuri y siempre se esforzó por conseguir el afecto de su padre. John *Peanuts* [«Cacahuetes»] Truman medía poco más de uno setenta y disfrutaba enzarzándose en trifulcas con hombres mucho más corpulentos que él, para demostrar de lo que era capaz. De sus hijos esperaba la misma dureza y la encontró en Vivian, el hermano pequeño de Harry. Este, sin embargo, tenía hipermetropía y estaba por tanto condenado a llevar gafas con cristales gruesos, de culo de vaso, y, por eso mismo, a no practicar deporte ni implicarse en ninguna pelea con otros chicos. «Cuando empezaban los empujones y los revolcones, me daba miedo que me dieran un puñetazo en las gafas —contaría más tarde—. La verdad es que yo era un poco mariquita».²⁰ Se metían con él, abusaban, le llamaban «cuatro ojos» y «mariquita», y a la salida del colegio le perseguían. Para empeorar las cosas, cuando llegaba a su casa, tembloroso y sin aliento, a su madre no se le ocurría otra cosa que consolarle diciéndole que no tenía por qué preocuparse, que, de todas formas, antes de que naciera, ella y su padre esperaban una niña. En 1912 describió cierto incidente en una carta: «Suena muy femenino, ¿a que sí? Mamá dice que, de todas formas, querían una niña. Me da mucha rabia cuando me llaman así, pero supongo que en parte es cierto». Más tarde reflexionó: que le llamen «mariquita», se dijo, «es duro para un niño. Hace que me sienta solo y que tenga complejo de inferioridad. Y cuesta superarlo».²¹ No es de extrañar que las cuestiones de género lo atormentaran durante años. Aludía con frecuencia a sus rasgos y atributos femeninos. Finalmente demostraría que no solo no era ningún mariquita, sino que era capaz de plantar cara al mismísimo Stalin y demostrarle quién mandaba más.

Truman pasó también por dificultades económicas. Aunque era buen estudiante y tenía cierto interés por la historia, no pudo ir a la universidad por circunstancias familiares. Tras graduarse en el instituto, estuvo dando

tumbos una buena temporada antes de volver a la granja de sus padres a trabajar. Más tarde se embarcó en tres negocios y los tres se fueron a pique. No consiguió nada reseñable hasta que prestó servicio en la Primera Guerra Mundial. Le enviaron a Francia y combatió con valentía y honor.

Su última aventura como empresario, una mercería que acabó cerrando en 1922, le dejó, con treinta y ocho años, con una esposa que mantener y escasas perspectivas de futuro. Fue entonces cuando Tom Pendergast, uno de los caciques del Partido Demócrata, le planteó presentarse a las elecciones al juzgado del condado de Jackson. Durante la campaña mandó un cheque de diez dólares al Ku Klux Klan —siempre fue intolerante y antisemita—, pero le impidieron afiliarse porque se negó a prometer que no contrataría a más trabajadores católicos.²²

Fue en cambio leal miembro del famoso aparato de Pendergast durante la década de los veinte y primeros años treinta. Pese a ello, en 1933 tenía la sensación de que no iba a ninguna parte y la víspera de su cuadragésimo noveno cumpleaños se dijo: «Mañana cumpla cuarenta y nueve años, pero teniendo en cuenta lo que he hecho en la vida, bien podrían quitarme el “cuarenta”». ²³ Al año siguiente, cansado del aparato del partido y cuando sopesaba muy seriamente la idea de volver a la granja familiar, el *Boss* Pendergast le escogió para la candidatura al Senado —el «Jefe» se la había propuesto antes a otras cuatro personas y las cuatro la habían rechazado— y consiguió que saliera elegido. Cuando le preguntaron por qué se había decantado por alguien tan poco cualificado como Truman, Pendergast contestó: «Quería demostrar que con una maquinaria bien engrasada se puede colocar en el Senado a cualquier chupatintas». ²⁴ Sus colegas del Capitolio lo miraban por encima del hombro: «el senador de Pendergast», le llamaban. Pero aunque la mayoría le daba de lado, él se esforzó por lograr el respeto de todos. Y lo consiguió en su segunda legislatura.

En realidad, sin embargo, estuvo a punto de no llegar a esa segunda legislatura. Sin el apoyo de Roosevelt, en 1940 consiguió la reelección por un margen muy estrecho con la ayuda de dos políticos demócratas de San Luis, Robert E. Hannegan y Bernard F. Dickmann. Tom Pendergast, mientras tanto, languidecía en una prisión federal. Ahora Truman debía



Sin el apoyo de Roosevelt, en 1940 Truman consiguió la reelección al Senado por un margen muy estrecho con la ayuda del aparato de dos políticos demócratas de San Luis, Robert E. Hannegan y Bernard F. Dickmann. Tom Pendergast, su antiguo jefe político, languidecía mientras tanto en una prisión federal. El futuro presidente debía favores, pues, a ciertos corruptos.

favores a tres políticos relacionados con la corrupción urbanística. Roosevelt, por su parte, se jugaba su propio futuro político al preferir como candidato a la vicepresidencia a Henry Wallace, un político brillante cuyas ideas progresistas contribuirían a que el país pudiera manejar con éxito las muchas dificultades que tendría que superar.

A este respecto, el pueblo norteamericano demostró mucho más juicio que los caciques del Partido Demócrata. En un sondeo de Gallup entre los simpatizantes de ese partido publicado el 20 de julio de 1944 en plena Convención Nacional en Chicago, el 65 por ciento de los encuestados declararon preferir a Henry Wallace como vicepresidente. Jimmy Byrnes, de Carolina del Sur, que más tarde ejercería una enorme influencia en la decisión de lanzar la bomba atómica y en la concepción de Guerra Fría de Truman, no obtuvo más que un 3 por ciento de los votos, y en su propia región, el Sur, Wallace le destrozó por una diferencia de seis a uno. Truman fue el octavo de ocho candidatos: solo se decantó por él el 2 por ciento de los encuestados. Esta vez Roosevelt, sin embargo, cansado, enfermo y dependiente del aparato para su reelección, no tenía ni deseos ni fuerzas para luchar por Wallace como en 1940 y se limitó a decir que, si él fuera delegado, votaría por él.

Los dirigentes del partido ejercieron un control férreo en la convención. Pero las bases no claudicaron fácilmente. Al contrario, se rebelaron. El respaldo a Wallace entre delegados y asistentes era tan grande que, a pe-

sar de que el aparato manejaba el procedimiento con tácticas autoritarias, los partidarios del vicepresidente estuvieron a punto de salirse con la suya tras una ruidosa manifestación en su favor en el mismo recinto de la convención. En mitad de la protesta, el senador por Florida, Claude Pepper, se dio cuenta de que, si conseguía introducirle en la lista de candidatos aquella misma noche, se llevaría la convención de calle. Pepper se abrió paso entre los delegados y, cuando estaba a punto de alcanzar el micrófono, el alcalde de Chicago, Edward Kelly, casi histérico, gritó que había peligro de incendio y consiguió que el senador Samuel Jackson, presidente de la convención, aplazara las votaciones. Si Pepper hubiera podido avanzar un metro más y lograr la designación de Wallace antes de que los dirigentes del partido forzaran un aplazamiento contra la voluntad de los delegados, Wallace se habría convertido en presidente en 1945 y el curso de la historia habría cambiado. De hecho, si eso hubiera ocurrido, quizá Estados Unidos no habría lanzado ninguna bomba atómica, ni habría habido carrera armamentística ni Guerra Fría. En las primeras votaciones, la ventaja de Wallace era enorme, pero el aparato del Partido Demócrata modificó los requisitos e hizo los pactos secretos pertinentes. Truman venció en la tercera votación. Hubo reparto de embajadas, direcciones generales y demás cargos. También hubo pagos en efectivo. Los caciques llamaron por teléfono a todos los presidentes regionales del partido, les dijeron que se había alcanzado un acuerdo y que Roosevelt deseaba que el senador de Misuri se presentara con él a las elecciones presidenciales. A petición del propio Roosevelt, Wallace se conformó con la secretaría de Comercio y siguió en el gabinete.

Samuel Jackson pidió disculpas a Pepper al día siguiente. «Yo sabía que si presentabas la moción —le dijo—, la convención designaría a Henry Wallace. Hannegan me dio órdenes estrictas de que la convención no nombrara al vicepresidente anoche y tuve que aplazarla delante de tus narices. Espero que lo comprendas». «Lo que yo comprendo —escribiría luego Pepper en su autobiografía— es que, para bien o para mal, aquella noche en Chicago se cambió el curso de la historia».²⁵

Entretanto, el proyecto de la bomba progresaba a buen paso. Los científicos, preocupados aún por que los alemanes pudieran ir por delante, trabajaban febrilmente en dos tipos de bombas: una de uranio y otra de

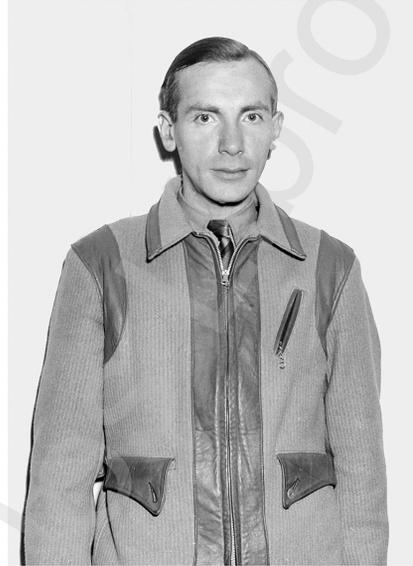
plutonio. Hasta finales de 1944 no descubrieron los aliados que Alemania había interrumpido su programa atómico en 1942. Aunque el motivo original del proyecto, disuadir a los alemanes de fabricar su propia bomba, había desaparecido, solo un científico, Joseph Rotblat, de origen polaco, abandonó el Proyecto Manhattan. El resto, fascinados por las investigaciones y confiados en que podrían adelantar el fin de la guerra, se esforzaron con mayor ahínco si cabe en terminar lo que habían empezado.

Si evitar que Wallace repitiese como vicepresidente fue el primer revés importante a las esperanzas de gozar de un mundo pacífico en la posguerra, el destino le tenía reservado a Estados Unidos otro golpe devastador. Cuando la rendición alemana era inminente, la nación perdió a su amado líder de tiempos de guerra. Franklin Delano Roosevelt falleció el 12 de abril de 1945 tras más de doce años de presidencia. El presidente más longevo de la historia de Estados Unidos había dirigido al país en sus épocas más duras: la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Mientras guardaban luto, los norteamericanos se preguntaban quién sería el sucesor.

Los acontecimientos se sucedieron a un ritmo vertiginoso los cuatro meses siguientes y el nuevo presidente tuvo que tomar alguna de las decisiones más importantes de la historia de la nación. Tras la reunión de un gabinete de crisis el mismo 12 de abril, Henry Stimson, el secretario de Guerra, le puso al corriente de la bomba secreta. Al día siguiente, recibió un informe detallado de Jimmy Byrnes, su viejo mentor en el Senado, a quien James Forrestal, el secretario de Marina, había llevado desde Carolina del Sur a Washington en su avión privado. Byrnes, antiguo juez del Tribunal Supremo, era uno de los demócratas que se habían presentado a la candidatura de vicepresidente en la convención del partido de 1944, pero los dirigentes demócratas pensaron que sus opiniones inflexiblemente segregacionistas supondrían un hándicap insuperable. En la reunión de aquel día en Washington, dijo a Truman que Estados Unidos estaba fabricando un explosivo «lo suficientemente potente para destruir el mundo».²⁶

El 25 de abril, Truman recibió por boca de Stimson y del general Groves un informe más exhaustivo sobre la bomba. Le explicaron que en

El físico polaco Joseph Rotblat fue el único científico que abandonó el Proyecto Manhattan. Lo hizo cuando, a finales de 1944, se descubrió que Alemania había abandonado la investigación atómica en 1942. Aunque la justificación original para fabricar la bomba —que fuera un elemento disuasorio de la bomba fabricada por los alemanes— ya no tenía razón de ser, fascinados por las investigaciones y creyendo que podía acelerar el final de la guerra, otros científicos se esforzaron aún más en terminar lo que habían empezado.



cuatro meses esperaban tener lista «el arma más terrible de la historia de la humanidad, un arma capaz de destruir una ciudad entera». Muy pronto, otras naciones desarrollarían sus propias bombas. «El mundo, en su presente estado de progreso moral, incomparable con su estado de progreso técnico, estará a merced de esas armas. Dicho de otra manera, la civilización podría quedar destruida por completo».²⁷ Stimson y Groves advirtieron al presidente de que el destino de la humanidad podía depender del uso o no de dichas bombas y de lo que posteriormente se hiciera para controlarlas. En un relato de aquella reunión publicado póstumamente por su hija, Truman escribió: «Stimson me dijo, con gesto grave, que no sabía si podíamos o debíamos lanzar la bomba. Temía que fuese tan potente que acabara por destruir el mundo. Y ese era también mi miedo».²⁸

Atrapada entre las tropas soviéticas, que habían entrado en Berlín desde el este, y las fuerzas aliadas, que se aproximaban por el oeste, Alemania se rindió el 7 de mayo. Eso significaba que la Unión Soviética, según se había acordado en Yalta, se incorporaría a la guerra del Pacífico alrededor del 7 de agosto, es decir, casi tres meses antes de la invasión de Japón, prevista para el 1 de noviembre.

Los soldados japoneses luchaban con fiereza y valor. Eran muy pocos los que se rendían. Creían que la muerte en el campo de batalla les depararía el mayor de los honores: el reposo eterno en el santuario de Yasukuni. En Tarawa, de los dos mil quinientos defensores de la isla, solo ocho quedaron con vida. En Iwo Jima, en tan solo cinco semanas, la Marina y la Infantería de Marina norteamericanas sufrieron muchas bajas, con seis mil doscientos ochenta y un muertos y casi diecinuevemil heridos. En Okinawa, la mayor batalla de la guerra del Pacífico, los estadounidenses perdieron a trece mil hombres entre muertos y desaparecidos y hubo treinta y seis mil heridos. Además, murieron setenta mil soldados y cien mil civiles japoneses, muchos de ellos quitándose la vida.²⁹ Por otra parte los norteamericanos observaron estupefactos cómo, oleada tras oleada, los pilotos kamikazes se estrellaban contra sus buques en un último y desesperado intento por hundirlos.

En 1945 las perspectivas eran cada vez más sombrías y algunos dirigentes japoneses pidieron públicamente llegar a los «cien millones de muertos con honor». Preferían que la nación combatiera hasta la muerte antes que rendirse. En Estados Unidos, sin embargo, altas personalidades como el general Marshall y Henry Stimson restaban importancia a esos alegatos, convencidos de que, una vez derrotado, Japón se rendiría. El «Proposed Program for Japan», que Stimson presentó a Truman a primeros de julio, declaraba que, a pesar de que Japón tenía una «fanática capacidad de resistencia» que le podría permitir «repeler una invasión [...] [sería] susceptible de entrar en razón si llegaba a una situación de crisis mucho mayor». Los japoneses, decía el documento, eran más razonables de lo que en aquellos momentos decían la prensa y otras corrientes de opinión en Norteamérica. «Japón no es solo una nación de locos fanáticos. Su mentalidad no es tan completamente distinta de la nuestra».³⁰

El Gobierno estadounidense llevaba décadas discutiendo el coste humano de una invasión de Japón. Los estrategas del Estado Mayor Conjunto prepararon un documento para la reunión del 18 de junio entre los jefes de Estado Mayor y el presidente. Calculaban que sufrirían ciento noventa y tres mil quinientas bajas entre muertos y heridos. Había, no obstante, estimaciones mayores, y también menores, que esa. Truman declaró inicialmente que perderían miles de soldados y luego fue incrementando las cifras paulatinamente. Más tarde aseguró que Marshall le había habla-

do de medio millón de muertos, pero nunca se ha sabido en qué basaban todos esos cálculos. Los que dio a conocer el propio general Marshall eran muy inferiores, y también los del general MacArthur, que era el encargado de planificar la invasión.

Pese a todo, a medida que la guerra proseguía, con su cruento peaje en vidas humanas, las perspectivas de invasión disminuían. Hacia finales de 1944, la armada japonesa ya estaba muy diezmada: había perdido siete de doce acorazados, diecinueve de veinticinco portaaviones, ciento tres de ciento sesenta submarinos, treinta y uno de cuarenta y siete cruceros y ciento dieciocho de ciento cincuenta y ocho destructores. El Ejército del Aire también estaba muy debilitado. Con la red ferroviaria hecha añicos, escaso abastecimiento alimentario y la moral por los suelos, algunos dirigentes japoneses temían un levantamiento popular. El príncipe Fumimaro Konoe, que entre 1937 y 1941 había sido primer ministro en tres ocasiones, envió en febrero de 1945 un memorándum al emperador Hirohito: «Lamento decir que la derrota de Japón es inevitable». «Lo que ahora debe preocuparnos es la revolución comunista que podría acompañarla»,³¹ advirtió. Al menos desde el mes de agosto anterior, tras la victoria norteamericana en Saipán, Japón había comenzado a estudiar la manera de terminar la guerra. La desesperación del gobierno crecía cada día que pasaba. Al magnate del sector editorial Henry Luce, que en la primavera de 1945 visitó el Pacífico para ver las consecuencias de la guerra con sus propios ojos, la situación le pareció evidente. «Pocos meses antes de Hiroshima —escribiría—, yo me encontraba con la flota del almirante Halsey, que se preparaba para el asalto a la metrópoli japonesa. Dos cosas me parecieron obvias, y también se lo parecían a muchos generales y almirantes con quienes hablé: en primer lugar, que Japón estaba vencido; en segundo lugar, que los japoneses eran conscientes de ello y todos los días daban muestras de una voluntad creciente de abandonar la lucha».³² Hasta Richard Frank, cuya obra, *Downfall [Caída]*, constituye la defensa más autorizada del lanzamiento de las bombas atómicas, observa: «Es razonable suponer que, incluso sin bombas atómicas, la destrucción de la red ferroviaria y los efectos acumulados de la estrategia de bloqueo y bombardeo suponían una grave amenaza para el orden público y, por tanto, habrían obligado al emperador a pedir el fin de la guerra».³³